

XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2017.

Un cuerpo a manejar.

María Emilia Tijoux.

Cita:

María Emilia Tijoux (2017). *Un cuerpo a manejar. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/748>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título de la ponencia *Un cuerpo a manejar cuando resiste al racismo*

Nombre y Apellido Autor/es: **María Emilia Tijoux Merino**

Eje Temático: **Sociología del Cuerpo y Emociones**

Nombre de mesa: **MESA 118- Sociología de los cuerpos y las emociones**

Institución de pertenencia: **Universidad de Chile**

E-mail: **maemiliatijoux@gmail.com**

Resumen

El cuerpo del inmigrante arrastra la estigmatización que lo califica y vincula a un modo de ser, a un “carácter” o un defecto moral. La “raza” regresa como estigma, principalmente como “estigma tribal” -si seguimos a Goffman-: “los de la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de la familia”, un estigma referido a un atributo desacreditador que no existe en tanto que tal, pero que funciona y va teniendo poder cuando al tratar al otro como “fuera de la norma del grupo” se incrusta en su cuerpo como diferencia que se exhibe para confirmar la normalidad y establecer al mismo tiempo la jerarquía entre superior/inferior. Configurado entre estereotipo y atributo, el estigma opera para determinar lo que es o no normal en contextos determinados y el inmigrante deviene el catalizador de esta operación de separación que se da entre lo normal/anormal.

Palabras clave: cuerpo, “raza”, racismo, inmigrante, estigma

La vida de los inmigrantes en los tiempos actuales es difícil en todo el mundo. En Chile lo es para quienes provienen de seis países: Perú, Bolivia, Ecuador, República Dominicana y Haití. Para los inmigrantes de estos tres últimos países la situación es aún más dura, por su origen, cuerpos y color de piel y porque representan del peor modo para la percepción y mirada chilena sobre los inmigrantes, palabra que adquiere un valor cada vez más negativo. Quienes llegan de otros horizontes son llamados extranjeros, algunos incluso más bienvenidos, dignos de ser presentados en casa, de invitar o de enamorar. Y más difícil es ser inmigrante, pobre y negro en nuestro país. Negro es la palabra que reivindicara el black power en puño que sostenía la dignidad contra el racismo. Negro es el insulto también. Una palabra llena de imaginarios negativos armados a reversa de lo blanco que más que un color es el deseo que se exhibe desde una historia desarrollista armada en clave blanca. Blanco como puro, bueno y angelical contra lo negro que depara el porvenir, la maldad, el demonio y la brujería. Con la llegada de los inmigrantes la fuerza de la nación chilena se inscribe en el *cuerpo nacional* para escupir su violencia. Porque el temor es muy fuerte, pero también la envidia, el deseo y sobre todo la explotación, que hace salivar a quienes compran mano de obra, barata, callada y disponible a causa de la urgencia de sobrevivir. Hablaré en tres tiempos: desde algunos datos; desde dos escenas; desde un escenario del sufrimiento cotidiano donde se dan los procesos que busco consignar en esta clase, con el propósito de conseguir que cada uno de ustedes se detenga algunos segundos a observar la fuerza cotidiana del racismo.

Contexto

Desde comienzos de los años noventa ingresan a Chile inmigrantes latinoamericanos dando cuenta de un fenómeno social que se incrementa en 1995 durante una apertura económica que vuelve al país atractivo para personas expulsadas de sus países por la pobreza, las guerras y las persecuciones y que buscan protegerse y trabajar para sobrevivir con los suyos. A inicios del siglo XXI llegan inmigrantes afrodescendientes provenientes de Colombia, República Dominicana y Haití a buscar trabajo. En períodos anteriores, los inmigrantes elegían para residir Estados Unidos y países de Europa, pero éstos han cerrado hoy sus puertas. Chile se ha convertido en un país de atracción para los inmigrantes que identifican en el país nuevos destinos que les permitirían bienestar económico, estabilidad y seguridad. Solo que su origen y negritud y por tanto la “raza” atada a la pobreza, incomoda a la normalidad nacional que se siente amenazada. La inmigración porta la “diferencia”, manifestada en interacciones de la vida cotidiana dadas en el contexto de una legalidad antigua, regida por el Decreto Ley N° 1.094 del año 1975 y heredada de la dictadura cívico-militar que buscó administrar las migraciones desde propuestas securitarias con fuerte base policial. Esta carencia de ley da pie a muchas irregularidades y abusos como también a delitos tales como la trata y el tráfico ilegal de inmigrantes, las ventas de visas y contratos falsos o también el negocio de “coyotes” que actúan en las fronteras cuando pasan las personas a través de cruces ilegales haciéndolas víctimas de castigo, de robo o de abandono que puede llegar hasta la muerte.

La llegada de inmigrantes de piel negra ha acrecentado la xenofobia y el racismo contra inmigrantes colombianos, dominicanos y haitianos haciendo visible un proceso de racialización que opera globalmente en la producción y reproducción de la diferencia racial y la estratificación social, e individualmente en las subjetividades de estos inmigrantes. El carácter social dado a la “raza”, consigue que las categorías raciales se transformen en el tiempo y surjan para explicar características personales, intelectuales o morales de una persona. La racialización provendría siguiendo a Goffman (1963) de aquella forma *tribal* del estigma reconocida en comportamientos de descalificación cultural. El inmigrante se hace visible por su color y la “raza” parece una diferencia obvia, logrando que su negritud plantee nuevos desafíos. Esto invita a considerar al cuerpo como un eje teórico y metodológico para examinar las interacciones cotidianas cuando el inmigrante está presente.

El cuerpo “negro” opuesto al “blanco” que los chilenos descubren gracias a la presencia del inmigrante entendido como un “otro”, muestra retazos de historia esclava y de una propuesta política del desarrollo planteado mirando a Europa. Hoy los inmigrantes que habitan y trabajan en Chile traen consigo: diversos hechos sociales y culturales que se organizan alrededor del cuerpo entendido como un significante (Le Breton, 2011:37). Las prácticas sociales entonces se corporalizan para indicar el cuerpo del inmigrante como

el que presenta *efectivamente* la diferencia. Entonces se le mira, evalúa y cataloga no solamente por su color, sino también por los rasgos, la talla, la forma del cuerpo, el modo de caminar, de hablar o de acentuar la lengua, etc., que se interpreta como “signos culturales” o “modos de ser” atados a estas características.

El inmigrante deberá enfrentar al “nosotros” chilenos que al reconocerlo como “inferior” lo indica como un siempre subordinado. El lugar “inferior” no es más que el racismo proveniente de los sectores dominantes que se verá por ejemplo en prácticas racistas del Estado como es desvalorización de los títulos profesionales o el no reconocimiento de los mismos como ocurre con los títulos haitianos. Este racismo y su violencia tienen efectos negativos en los inmigrantes. Podrán ser objeto de burla, de malos tratos observables en las calles, barrios y lugares de trabajo. Pero también podrán afectar la mirada que tienen sobre sí mismos pudiendo llegar al auto-desprecio, la vergüenza y el temor a ser expulsados, detenidos o despedidos del trabajo, entre otros. El inmigrante modificará su modo de ser, cuidando lo que puede mostrar u ocultar para ser aceptado. Es así como la xenofobia y el racismo ya manifestados históricamente, regresan con ellos, para invitarnos a redescubrir la historia colonial que ha negado la existencia de negros en la historia del país (Cussen, 2009), mitologizando una historia general entregada como parte de un saber social establecido. La división entre pueblos indígenas y colonizadores ha sido demostrativa de una dimensión histórica del racismo que se precisa examinar para comprender lo que hoy ocurre con los inmigrantes.

Escenas

Las dos escenas que presento son reales y expresan a múltiples otras, repetidas al infinito en la vida nacional de todos los días. Pero también repetidas en las vidas nacionales de otras latitudes. Si tradujésemos lo que ocurre en estos encuentros, no habría gran diferencia. Solo difieren las prácticas más o menos violentas que dejan ver cuerpos flotando en el mar, electrocutados o baleados en los muros, encerrados en las cárceles para inmigrantes, o en la cantidad de cuerpos violados, explotados, sometidos a la trata, al tráfico ilegal. Puede que según el momento y las condiciones de producción de esta miseria difieran también las formas que adquiere la violencia cuando no estremece, ni enoja, ni emociona, pues se produce sobre víctimas deshumanizadas que no interesan y que hace ya mucho son entendidas como desecho, si entendemos económicamente al interés cuando no se acumula ni produce ganancia.

Se trata de escenas capturadas en el cara-a-cara de un Santiago atrevido, que como toda ciudad-capital nos contiene a todos. Las he elegido por su banalidad, es decir por la costumbre que vuelve normal a un modo de relacionarse e interactuar y que hace a estas escenas ordinarias, para presentarlas al orden de los sentidos e impedir, por su naturalización, que lo que cuentan se sienta, signifique o evalúe. Su repetición las ha incrustado en el habitus chileno y las ha normalizado. Los actores son inmigrantes desprovistos de interés y por eso *cualquier cosa* puede ocurrir con ellos, con ellas. Solo podríamos comprender y por lo tanto significar estas escenas si *algo similar* nos ocurriera individualmente a uno de nosotros en alguna parte del mundo. Pero dado que estoy en un lugar del arte y particularmente en aquel donde todo el cuerpo se expone, es probable que estas escenas puestas en un escenario, logren interesar a los estudiantes y detener su paso en este mismo barrio sobre lo que ocurre a la vuelta de estas esquinas y luego quizás a un público, que buscando escapar de una realidad que lo abrumba, busque *entretenerse* con lo no real porque *no le afecta* directamente. Entonces, estas escenas podrían ser la ficción que construya un camino inicial contra el racismo para encontrarse problemáticamente con otra ficción que hoy se vuelve tan potente que estipula la existencia de la diferencia: la de la “raza”.

Escena 1: Jean es haitiano. Trabaja en un condominio como aseo, pero también riega, corta el pasto, limpia la calle y a menudo los vecinos le solicitan trabajos en sus casas que generalmente no le pagan. A veces le entregan ropa usada. Le pregunto por el precio que le pone a su trabajo y me dice que lo deja a la idea de la gente. No tiene contrato pues carece de papeles. Consiguió llegar al condominio gracias a un inmigrante peruano que antes trabajó allí y que sabía que buscaban a alguien. Es un joven menudo de habla calmada que habla y entiende español cuando éste es comprensible, aunque la gente alega que “entiende apenas”. Habla un perfecto francés, como muchos haitianos que viven en Chile y también inglés. Me cuenta

que los chilenos creen que ellos no entienden el francés porque son haitianos: *“es extraño que piensen eso porque en Haití se habla francés y todo el que va a la escuela se educa en esta lengua. Me dicen también que no hablo español porque solo conozco un dialecto -refiriéndose al creoles-, un dialecto extraño, me dicen”*. Conversamos un buen rato. Me cuenta de su mujer y de su hijo que están en Haití, de cuanto los extraña y que trabaja para traerlos a Chile cuando tenga sus papeles. Vive en una pieza del centro con un amigo y está contento por eso. Este ingeniero quiso también ser médico, aunque solo estudió esta carrera tres años y no pudo terminar debido a la destrucción de su casa y la dificultad de encontrar trabajo en Haití. Le parece raro que me detenga a conversar con él: *“usted no parece chilena”* me dice. Le pregunto ¿por qué dice eso? *“Porque habla conmigo y me trata distinto”* responde. Entonces me atrevo y le pregunto: ¿cree que somos racistas?. Jean sonríe tímidamente y responde: *“sí, muy racistas”*. En ese momento aparece una vecina y advierte que le quito tiempo y que “el negrito” aun no termina y que debe trabajar más porque se equivoca todo el tiempo. Le tutea dando órdenes. Veo el gesto enojado de la mujer ante Jean mientras sus manos hacen figuras en el aire, indicando rincones por limpiar, tratando de explicar con esos movimientos llenos de violencia que todo lo que ha hecho está mal. Pero el aseo está impecable y su enojo no consigue situarse en otro objeto que no sea Jean mismo, en su color, su cuerpo, su amabilidad, su sonrisa. Me disculpo con ella para que no lo castigue u ofenda y le solicito a Jean volverlo a ver. Hablo en voz alta en español y le propongo un trabajo para evitarle problemas. La vecina se acerca y buscando complicidad me dice suavemente: *“¿De verdad usted se atreve a llevarlo a su casa?”*

Escena 2: Maggy es una joven colombiana de Buenaventura que llegó hace cuatro años a Chile escapando de su país. Fue complicado, pues debió entrar con los coyotes por Colchane. No la dejaron por Chacalluta. Prefiere no contar lo que vivió para ingresar y repite con ojos bajos: *“todo salió bien, salió bien”*. Sin embargo, recuerda con rabia el trato hacia una chica dominicana que viajó junto a ella en el mismo vehículo maloliente donde las amontonaron. No estoy segura si existió o no esa amiga, porque cuando describe la violación parece que hablara sobre ella misma. *“Era joven, muy joven y le hicieron de todo, de todo”*, dice mirándome fijo, acercándose para asegurar que no miente y así reafirmarme con esa mirada que lo ocurrido fue brutal. No le pregunto nada y la escucho atentamente: *“ojala nadie tuviera que pasar por eso”*, dice con tristeza y dejándome para atender a un cliente que hace un buen momento no deja de sonreírle y buscarla. *“Hola preciosa”* le dice con todo el cuerpo besándola apretado en ambas mejillas. Maggy le da la espalda para buscar su café y el hombre la sigue mientras trabaja, recorriéndola y cambiando la sonrisa en una mueca de deseo por la joven de pelo revuelto. Maggy trabaja en este café con piernas hace casi un año. La contrataron de inmediato cuando la vieron. Hemos conversado varias veces, pues voy regularmente a ese lugar abierto donde hombres y mujeres acuden a distintas horas del día. Era secretaria y estudiaba idiomas. Sabe que por ser negra no podrá conseguir un empleo similar al que tenía: *“aquí me quedaré mucho tiempo, hasta que llegue algo”* afirma. Me cuenta de su desprecio por los hombres y de cómo aumentan las propinas cuando se niega a salir con ellos. *“Junto dinero para volver”*. No le he preguntado por qué ni cuando, tal vez porque siento que lo dice como si no creyera en lo que afirma. Tal vez porque entre tanta conversación, me lo dirá un día. Maggy repite casi en susurros una vez más: *“junto dinero para volver”*. Por la noche regresa a la pieza que comparte con dos amigas. Más de una vez los hombres la han esperado a la salida y más de una vez han sido violentos porque se ha negado a tener sexo con ellos. Entonces la han insultado. Los mismos que son amables con ella en el café.

Escenarios de ahora y de antes

Los inmigrantes laboran para alimentar a sus familias, educar sus hijos y sostener a los suyos en sus países de origen y por sobre todo para sobrevivir. Independientemente de su formación trabajan como recolectores de basura o en la construcción como jornaleros, o como cargadores, vendedores ambulantes, reponedores de supermercado, o trabajadores del mundo rural... Viven en condiciones inhumanas y los vemos cada día limpiar nuestras calles, plazas, malls, cuidando a nuestros viejos. Dan clases de baile, atienden los cafés con piernas y en sectores más pudientes son contratados/as como chicos y chicas “scort” o garzones que “deleitan la vista”. A veces se les disfraza para publicidades de lo exótico y se les hace bailar y cantar. No interesan a nadie. En los últimos meses haitianos inmigrantes han muerto de frío. Llegaron a trabajar hace unos meses y sus cuerpos aun esperan ser repatriados en el Instituto Médico Legal. Interesa su irregularidad, menos costosa y no sujeta a Ley. Si se enferman y mueren, otros, otras, les reemplazarán. Son

intercambiable. Se les puede abandonar hasta que mueran en el desierto o asesinar en la región de Magallanes, pueden morir sus hijos en los hospitales por falta de dinero y a las mujeres se les encontrará tiradas en algún rincón, pues son ellas quienes más sufren las consecuencias de nuestro racismo. En la frontera, un lugar que da curso a diversas formas de desplazamientos, tanto de inmigrantes que buscan permanecer en Chile, como de trabajadores que se trasladan para ser explotados con pagas de miseria, hay que detenerse a observar y comprender. La entrada irregular repleta de peligros conduce al despojo de bienes, de dignidad y de derechos que llenan a los inmigrantes de miedo, haciéndolos propensos al sometimiento y a una callada obediencia. Después, viene la vida semiclandestina, habitarán hacinados en viviendas precarias y en barrios tildados con el nombre de sus países; sus hijos llegarán a escuelas que gracias a ellos han sobrevivido, pero siempre tratando de resistir y soportando humillaciones. Se produce así un “sufrimiento social” que va más allá de lo que le pasa a una persona particular pues implica sufrimiento de toda una comunidad estigmatizada por su inmigración.

“Nosotros los chilenos” seguimos pensándonos y sintiéndonos “blancos” y en ese sentimiento, es posible buscar la razón de un Estado-nación que buscó y proclamó el desarrollo “a la europea”, en unos tiempos donde la inmigración no era un problema, pues llegaban quienes venían invitados por el gobierno a poblar los territorios del sur y a “blanquear la raza”. Es necesario seguir examinando lo que nos sucede con los inmigrantes, también desde ese carácter colonial que permanece en las relaciones sociales y que designa la reproducción de antiguas jerarquías coloniales etno-raciales, demostrables en el hecho de buscar trabajadoras de casa particular a cambio de techo y ropa vieja de la patrona; o en la paga miserable de trabajadores bolivianos y peruanos en los valles. O en el abuso.

El racismo entonces es mucho más amplio de lo que suponemos y nos roza a todos. Debe ser analizado en el cruce con las categorías de clase, género, nación, origen y cuerpo pero tal vez la interseccionalidad no consigue plenamente dar cuenta de la crueldad de estas situaciones. Tal vez hay que rascar con más fuerza en la historia de nuestras clases sociales y atar capitalismo y racismo desde las claves que nos entrega la realidad actual. De lo contrario no entenderíamos el modo en que tratamos a los “otros, a las “otras” si no vemos que el “nosotros” representa claramente el “yo” que teme desde su escupida xenofobia.

El autoritarismo, permanentemente presente en la sociedad y en el Estado, articula desde el siglo XVI, relaciones que marcan, impregnan y condicionan la vida. Esta colonialidad forjada en el Estado y en la vida privada ha permanecido y hoy adquiere otras formas, para expresarse con mucha evidencia en el trato a inmigrantes convertidos en sujetos racializados y sexualizados que se intentan re-humanizar. Podemos sin embargo intentar ponernos de acuerdo y trazar alguna ruta reversa para desarmar lo que se aprendió como verdad y buscar una salida. Comenzar por entregar la palabra a este “otro”, cuya voz parece haberse apagado por la fuerza colonial que parece una coraza dura de romper. Los estados naciones y sus guerras por lo demás, siempre favorecen a unos pocos. Debemos desapropiarnos de lo que no es nuestro, dejando de hablar en el nombre de quienes han sido aplastados y darles la palabra y permitirles expresar sus temores y sus deseos, como también la mirada que tienen de la vida vivida en Chile. Luego valdría la pena enfrentar lo que somos y reír un poco frente a la idea de la blancura chilena como signo de europeización. Esta piel que nos cubre tiene diversas tonalidades. No da cuenta de una forma de ser, de sentir o pensar. La piel no es más que eso, el envoltorio que nos cubre, que se estría, se arruga y se mancha. Y su color menos o más claro, menos o más oscuro no es sinónimo de bondad o de maldad. Sin embargo, cuando se trata de lo “negro” surge la construcción negativa que refiere al mal, la brujería o lo oculto; y cuando se trata de lo equivocadamente llamado “indio”, aparece la idea de enojo, ira o ignorancia. Estas son viejas ideas repetidas al infinito que se cristalizan en personas específicas y las colocan en un lugar aparte, como objetos a destruir o condenar.

El racismo no es un fenómeno individual, propio de los “sujetos racistas”, ni se da tampoco como hecho aislado o coyuntural. Es una formación histórico-estructural que adquiere diversas formas a través de la historia, manteniendo algunos componentes y que no se puede entender desvinculada de los procesos de colonización, constitución nacional y distinciones de clase y de género. Pero es necesario articular este racismo general con el racismo cotidiano, entendiendo que éste se reproduce en prácticas y discursos rutinarios, naturalizados en interacciones diarias, estructurando, reproduciendo y actualizando jerarquías

raciales y además, volviéndose incuestionado, tanto para los sujetos racistas como para quienes son víctimas del racismo. El racismo cotidiano es una dimensión de análisis, un lente que permite fijar la atención en las experiencias de los sujetos cuando están en contextos racialmente estructurados. Lo cotidiano advierte del carácter naturalizado e invisible de las violencias dadas en prácticas y discursos que remiten de cierto modo a una necesidad de “purificar el yo y el nosotros” de lo que se supone sería la promiscuidad o la invasión.

Etienne Balibar se pregunta porque la variedad de discursos que tienen a aislar, estigmatizar y a discriminar a grupos humanos son considerados racistas y porque calificamos como tales a ciertas prácticas espontáneas o institucionales que provocan opresión, hostilidad y desconfianza que terminan en la violencia extrema, y se sorprende que los estudios actuales poco se pregunten sobre esto y más bien piensen que la respuesta es evidente, logrando con ello que la categoría “racismo” no plantee problema para el análisis sociológico y político, como si fuese un hecho incuestionable (Balibar, 2005). Pero además, porque es objeto de una cierta prohibición que tiene consecuencias jurídicas. Entonces en las campañas electorales no se habla de racismo sino de que hay demasiados inmigrantes, o que hay delitos protagonizados por ellos o como se ha dicho en Europa que hay muchos no europeos, que hay “negros” y “musulmanes”...O que culturalmente son inferiores, o que no se adaptan al país, que profesionalmente no son tan buenos, o que no hablan bien español, etc. Dado que el racismo no se admite, se admite la inmigración no como un fenómeno social sino como un hecho problemático que obviamente contiene al racismo. El racismo no es un fenómeno del pasado, está muy presente y se advierte principalmente en la inmigración.

La cuestión de la “raza” suele verse separada de una inmigración que bien sabemos, sufre de discriminación, xenofobia y racismo. No obstante la “raza” está presente en prácticas y discursos que la hacen regresar en cualquier momento y lugar por donde pasa un inmigrante. Sobre todo porque la concepción universalista defiende un derecho a la diferencia -poco importa cual- que se contradice con la idea de igualdad. Esto queda muy claro cuando se niega la historia en nombre de la cultura y se defiende de modo permanente la multi o interculturalidad. La idea de “raza” afecta la ciudadanía republicana porque jerarquiza y supone a unos superiores a otros. El esclavo, la esclava, no son solamente figuras antiguas, son los signos de una concepción racializada de lo humano (o de la humanidad) tal como lo planteó Frantz Fanon en “Piel negra, máscaras blancas”, para interrogar al racismo colonial en el humanismo europeo. Para Fanon solo la lucha liberaba de la esclavitud y la emancipación se hacía por vía de la conquista de la libertad.

Podríamos pensar que estamos lejos de estas situaciones, pero el tiempo se sale del reloj y hace viva una historia que muestra situaciones de deshumanización de ese antes puestos en un ahora tan o más brutal que el de la colonia. De pueblos indígenas, mapuche y aymaras atrapados en la cultura y sacados de la historia para que la historia sea solamente la del huinca y de inmigrantes negros atrapados en un proceso de colonización salvaje que están obligados a adaptarse a la cultura y salir de su humanidad. Ser “indio” y ser “negro” es develar al chileno su deseo cada vez más fuerte de blancura desarrollista y hacerle temer por lo que busca incansablemente sacar de sí. Intentando soñar que el niño nazca sano y blanco y herede los ojos claros que quizás se advierta en un sueño del origen europeo.

Ser negro es una *experiencia vivida* que debe analizarse para buscar en ella el ideal disciplinario que regula el orden racializado. La “raza” habita y organiza la vida social y la subjetividad del “negro” está determinada por dicha noción. No puede errar, no puede tropezar, no puede declarar crítica alguna. Como el inmigrante al que se quiere desalojar de su historia, es solo útil para el trabajo, el servicio, el tuteo inmediato. El blanco lo produce, como produce sus leyes, sus barrios, su educación y sus juegos. La llegada de inmigrantes de rasgos indígenas o de piel negra acrecentado la xenofobia y el racismo haciendo visible un proceso de racialización que opera globalmente en la producción y reproducción de la diferencia racial y la estratificación social, e individualmente en las subjetividades de estos inmigrantes. El carácter social dado a la “raza”, consigue que las categorías raciales se transformen en el tiempo y surjan para explicar características personales, intelectuales o morales de una persona. La racialización es un proceso que provendría -siguiendo a Goffman (1963)- de la forma *tribal* del estigma que se reconoce en los comportamientos de descalificación cultural. El inmigrante se hace visible por su color y la “raza” no es más que “la diferencia más obvia” (Hooks, 2000: 57) logrando que su negritud plantee nuevos desafíos asociados

al cuerpo. Esto invita a considerar al cuerpo como la figura y el lugar teórico y metodológico que permite examinar las interacciones cotidianas entre inmigrante y chileno/a. La racialización es un proceso psicosocial que consiste en “alterizar” a un grupo (partiendo del hecho que todo individuo puede ser miembro de este grupo) y eventualmente (tal como ocurre en el racismo “clásico”), inferiorizarlo globalmente (Taguieff, 1997, p 1491). Puede definirse también como la extensión de significación racial a un grupo, como una práctica o como una relación social que no había sido antes categorizada como racial” (Omi y Winant, 1994).

El cuerpo “negro” opuesto al “blanco”, que los chilenos descubren gracias a la presencia del “otro” muestra retazos de la historia esclava y de una propuesta política del desarrollo planteado mirando a Europa. Hoy los inmigrantes que habitan y trabajan en Chile traen consigo: “una constelación de hechos sociales y culturales que se organizan alrededor del significante cuerpo” (Le Breton, 2011:37). Las prácticas sociales se corporalizan (Taylor, 2015) e indican en “ese cuerpo particular”, es decir, del “otro” en este caso un(a) inmigrante, *efectivamente* la diferencia. Entonces se le mira para evaluarlo, catalogarlo, encasillarlo. Esto implica considerar al cuerpo en toda su presentación y dimensiones (altura, forma, color, tipo de cabello, etc., pero también las vestimentas (uso de las mismas, colores, combinaciones), como el modo de caminar, de hablar, de gesticular que debe ser interpretado. Se trata de “signos culturales” o de “modos de ser” que provendrían de sus características.

El inmigrante como “otro” deberá enfrentar al “nosotros” que lo considera inferior y lo indica como un subordinado. El lugar “inferior” que no es más que el racismo proveniente de los sectores dominantes se verá por ejemplo en la desvalorización de los títulos profesionales o el reconocimiento de los mismos como ocurre con los títulos haitianos. Este racismo y su violencia tienen efectos negativos en los inmigrantes. Podrán ser objeto de burla, de malos tratos observables en las calles, barrios y lugares de trabajo. Pero también podrán afectar la mirada que tienen sobre sí mismos pudiendo llegar al auto-desprecio, la vergüenza y el temor a ser expulsados, detenidos o despedidos del trabajo, entre otros. El inmigrante modificará su modo de ser, cuidando lo que puede mostrar u ocultar para ser aceptado. Es así como la xenofobia y el racismo ya manifestados históricamente, regresan con ellos, para invitarnos a redescubrir la historia colonial que ha negado la existencia de negros en la historia del país (Cussen, 2009), mitologizando una historia general entregada como parte de un saber social establecido. Si seguimos a Pontalis, (1990) estamos frente a ser que se mueve de una cultura a otra, de un país a otro, en migración sobre una línea de cercanía y de lejanía (ocurre así con *esta* migración), de una familiaridad extranjera que va representando diversos rostros, a veces atractivos a veces no, dependiendo si están o no en la Ley (que no tenemos) o fuera de ella.

El inmigrante deviene una suerte de metáfora fuera de toda ley de fijación, señalándolo como quien debe mantenerse siempre afuera. Es un cuerpo para señalar constantemente y sobre todo a reconocer, para colocarlo en el casillero que le ha sido dispuesto en el espacio de las representaciones que le atañen. Es la imagen objetivable que precisa el “nosotros” para existir. Necesitamos por lo tanto capturarlo y hacer posible la familiaridad que se encuentra con la hostilidad.